

LOS CONTORNOS DE UN GÉNERO CIENTIFICO: LA HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS.*

Fermín DEL PINO DIAZ

Departamento de Antropología Española y Americana

Centro de Humanidades. CSIC

Madrid. España

Ya se ha contado, en la introducción, el contexto personal y grupal en que nos comprometimos un grupo de investigadores a mediados de los 80, a partir del estudio de la obra de Acosta,¹ en un proyecto mayor que consistía en verlo como parte de una escuela de estudiosos hispanos del Nuevo Mundo. Tal vez tenga sentido decir que, por las condiciones particulares de la obra de Acosta, su caso se prestaba muy bien para hacer de él un largo 'caso de estudio', pertinente para diversas opciones (misionología, teorías evolucionistas, antropología, historia del clasicismo, de las Indias orientales y occidentales, etc.), y no otra cosa ocurrió en mí mismo. Pero lo que fue al principio una condición favorable de un caso pudiera convertirse en un obstáculo. Tal vez, de tanto mirar el árbol no nos sea posible ver el bosque, y ese protagonismo pueda ocultar el interés general de su caso. A pesar de la importancia excepcional de su obra, todavía es más interesante su estudio en términos comparados, y con una perspectiva de larga duración que trasciende su época y grupo religioso particular.

Aunque la obra de Acosta, por ser la primera que porta ese título histórico bi-nominal, podía parecer explicar gran parte de las características de la escuela, no es cierto que pueda hacerlo. El universo de la escritura indiana es obviamente mucho mayor (antes y después de él), y la influencia tan notable de este modelo americano fuera del escenario original de ninguna manera puede explicarse por

* Publicado en Leoncio López-Ocón, Fermín del Pino y Rafael Chabrán (Coordinadores), Simposio 32 "El género americano de las 'historias naturales y morales': un modelo cognoscitivo de la diversidad cultural desde el mundo latino" y de la Sección dedicada a la "Historia Natural", *Actas del del XXI Congreso Internacional de Historia de la Ciencia*, celebrado en Ciudad de México del 8 al 14 de julio 2001, pp. 3023-3035. Copia actual, con modificaciones.

¹ José de ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla 1590. Hay múltiples ediciones en castellano desde entonces, la más conocida tal vez sea la de Edmundo O'Gorman en el Fondo de Cultura Económica de México (1940, 1ª), o también la del P. Mateos en la Biblioteca de Autores Españoles (Madrid, 1954).

razones de tipo personal, ni siquiera grupal. La relación de Acosta con el modelo de escritura que aquí analizamos de ninguna manera deja de ser un camino personal de acceso a algo mayor, tanto en sí misma como en relación a mi propia perspectiva del problema.

I

En un primer momento, pues, traté de analizar el caso de la conocida e influyente obra de Acosta, respecto de la cual cabía hablar de antecedentes (humanistas religiosos y civiles) y, sobre todo, de cultivadores posteriores. La huella del jesuita Acosta era profunda desde antes, en la tradición científica española y europea, como resultaba evidente por las monografías frecuentes que se le dedicaban, e incluso a nivel ‘pragmático’, por presidir su nombre un Instituto del C.S.I.C. anexo al Museo de Ciencias Naturales, o alguna asociación científica española. El científico e historiador Rodríguez Carracido le había dedicado a fin de siglo una monografía muy conocida (1899), premiada por la Academia española de la Lengua en un momento históricamente significativo (desastre militar del 1898), ponderando justamente su trascendental “importancia científica” y mostrando el injusto menosprecio religioso en que le tenía la propia Compañía de Jesús.²

Efectivamente, las historias oficiales de la orden (en particular la de las provincias españolas, por el P. Antonio Astrain)³ habían tenido negativamente muy en cuenta las diferencias de criterio entre Acosta y su preposición general el P. Claudio Acquaviva, famoso a propósito de las protestas suscitadas en las provincias españolas contra su generalato, lleno de decisiones innovadoras y centralizadoras. Se dijera que los jesuitas españoles contemporáneos quisieran borrar de su pasado nacional a un sedicioso contra el generalato. Tanto la monografía doctoral del P. Lopetegui en la Gregoriana sobre El P. *Acosta y las Misiones* (1942), publicada por el propio C.S.I.C., y numerosos artículos posteriores, como los del propio P. Mateos -editor de su tratado misional (1952, Madrid, España misionera) y de su historia indiana (1954, Madrid, BAE)- arrojaban dudas serias sobre su valor misional y personal (salvando, es verdad,

² RODRIGUEZ CARRACIDO, José (1899) *El P. José de Acosta y su importancia en la literatura científica española*. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española e impresa a sus expensas. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

³ Astrain, Antonio. *Historia de la compañía de Jesús en la asistencia de España. Tomo I, San Ignacio de Loyola 1540-1556*. Madrid: Razón y Fé, 1912-19255, 7 vols.

sus cualidades misionológicas).⁴ Y ésa ha sido por mucho tiempo la actitud generalizada de la Compañía hacia su cofrade rebelde: apenas en nuestros días, algunas monografías como la del P. O'Malley sobre "los primeros jesuitas" (1993) cuestionan sutilmente la autoridad del P. Acquaviva, a favor de sus más flexibles predecesores españoles.⁵

En las mismas fechas que Lopetegui y Mateos, el profesor mexicano E. O'Gorman había llevado a cabo una exitosa edición de su Historia en la muy popular editorial F. C. E. (1940-1995), y en 1964 el profesor Rowe –conocido arqueólogo incaista de Berkeley, y en una revista para estudiantes de la misma Universidad, *Kroeber Anthropological Society Papers*- le consagraría como el iniciador verdadero de la Etnología comparada. Posición histórica que ha sido muy influyente en la bibliografía norteamericana (donde Acosta ha sido equívocamente muy celebrado como autor de una 'supuesta' teoría del origen asiático del hombre americano: Hudleston, Beals, Palerm, Alcina, etc.) y que fue divulgada en Europa por el profesor J. H. Elliott⁶ Otra vez, como en el caso de fines del siglo pasado (Carracido, 1899), Acosta había sido reivindicado totalmente por estudiosos civiles, y no tanto por sus propios correligionarios.

El P. Acosta permitía una valoración científica de su obra que, sin embargo, pertenecía realmente a un claro contexto religioso, e incluso eclesial y romano, como convenía a un jesuita. Esa potencialidad intelectual derivaba probablemente también de su propio espíritu libre, de su poderosa inteligencia y de su enorme erudición y familiaridad con las realidades americanas, que se

⁴ Fermín DEL PINO (1985) "El misionero español José de Acosta y la evangelización de las Indias orientales". *Misionalia Hispánica*. Madrid, CSIC, XLII: 275-298.

⁵ *Los primeros jesuitas*. Trad. de Juan A. Montero Moreno, Bilbao-Santander: Edic. Mensajero-Ed. Sal Terrae, 1995 (Ed. orig. 1993, Harvard College). Tuve conocimiento de esta obra por un jesuita colombiano, el P. Burgaleta, que dedicó su tesis doctoral de Georgetown (Wash.) al P. Acosta, bajo la dirección del P. O'Malley, aplicando al caso acostiano una visión simpática, al fin. Ver Claudio M BURGALETA (1999), *José de Acosta, S.J. (1540-1600: his life and thought*. Foreword by John W. O'Malley. Chicago: Jesuit Way. De ese mismo año es un artículo más radical publicado en la revista oficial de la compañía, por el historiador hispano Francisco Borja Medina, S.J., "Blas Valera y la dialéctica 'exclusión-integración del otro'", *Archivum Historicum S.J.*, LXVIII, 229-268. El sumario lo describe así: "the author shows that Acquaviva's style of government was very far from that of the human, moral and religious way of acting of the Founder of the society" in p. 268

⁶ PADGEN, Anthony *The fall of natural man. The American Indian and the origins of comparative ethnology*. Cambridge University Press, 1982 (traducción española en 1989, Alianza Ed.). El autor no menciona nunca en su bibliografía el artículo de Rowe (1964) que su maestro reconocía crucial en su propia obra clásica, de cuyo cap. II es un entusiasta desarrollo la suya. John H. ELLIOTT, *The Old and the New World. 1492-1650*. Cambridge U. Press, 1970, (trad. española de 1972 en Madrid, Alianza Ed.). John H. ROWE, "Ethnography and Ethnology in the Sixteenth and Seventeenth Century", en *Kroeber Anthropological Society Papers* (Berkeley, Calif.), (1964) 30, 1-15.

trasluce meridianamente en su prosa castellana densa y ágil; pero en el caso de su historia indiana no cabe duda que la presencia abrumadora de informes y razonamientos de índole 'naturalista' le han ganado muchos amigos civiles. Una lectura atenta de ese texto tan celebrado depara todavía sorpresas informativas, aunque estuvieran basadas sobre sus originarias preocupaciones (bíblicas, escriturísticas o clásicas, y, sobre todo, librescas).

Por mi parte, al principio, me había dedicado a defender el interés de sus noticias etnográficas, que mis colegas anglosajones encontraban tan interesantes como las materias naturales, celebradas primero. Con el tiempo, y en nombre de la misma lógica 'inclusiva' que me llevaba a reclamar la atención de los historiadores de la ciencia, derivé a la defensa de la estrecha unión de ambas historias, la natural y la moral. Eso -unido al seductor modelo que, por el mero título de su historia indiana, parecía haberse impuesto entre los escritores de cosas de Indias- me llevó a postular que Acosta era el fundador de ese género descriptivo. Efectivamente, la combinación *nominal* de historia natural/moral se veía muy repetida, especialmente si consideramos dentro de ella a otros pares de nombres semejantes como *natural/civil*, *física/política*, etc. Esos nombres eran usados reiteradamente –y de modo casi universal– como títulos de sus obras por parte de escritores religiosos y civiles, españoles o extranjeros, y tanto del siguiente siglo XVII como de los sucesivos XVIII y XIX. La reclamación entusiasta que hiciera de su concepción global –*física del globo, cosmos*- el viajero alemán Alejandro de Humboldt, a mediados del s. XIX (1859, fecha de su muerte y del último tomo de su obra más conocida, *Cosmos*), obliga a situar la estela de su influencia directa hasta esa fecha,⁷ aunque la frecuencia de sus ediciones se centra sobre todo en los siglos XVII y XVIII.

Este sintomático *approche* nominalista o formalista – es decir, guiado por la semejanza de los títulos de su obra entre Acosta y sus supuestos seguidores- es el que nos hizo sospechar primeramente que este carácter bi-nomial constituía una de las pruebas innegables de su influencia. Una especie de huella parecida a la que empleaba el propio Acosta para proponer la existencia prehispánica, o no, de un determinado espécimen botánico o animal en el Nuevo Mundo:

Todos estos animales que he dicho, es cosa cierta que se llevaron de España y que no los había en Indias cuando se descubrieron, aún no ha cien años; y,

ultra de ser negocio que aún tiene testigos vivos, es bastante prueba ver que los indios no tienen en su lengua vocablos propios para estos animales, sino que se aprovechan de los mismos vocablos españoles, aunque corruptos; porque de donde les vino la cosa, como no la conocían, tomaron el vocablo della. *Esta regla he hallado buena para discernir qué cosas tuviessen los indios antes de venir españoles, y qué cosas no.* Porque aquellas que ellos ya tenían y conocían también les daban su nombre; las que de nuevo recibieron diéronles también nombres de nuevo, los cuales de ordinario son los mismos nombres españoles, aunque pronunciados a su modo: como al caballo, al vino, y al trigo, etc. (IV: 34)⁸

II

Pero no se trata solamente de monografías que tienen el mismo título, sino también una gran parte del contenido y, sobre todo, la estructura. A lo largo del seminario del curso 84-85,⁹ la enumeración de características formales de los textos analizados por cada uno de los participantes nos fue indicando que había una serie clara de elementos comunes, y en ellos nos basamos luego para atrevernos a hablar de un género de escritos ‘históricos- científicos’. Proponemos, pues, que se trata de un tipo de *monografías* que forman en realidad un género particular de escritos. Comenzó a manifestarse entre historiadores del siglo XIX (Menéndez y Pelayo, entre nosotros, y el historiógrafo alemán Feuter, seguido de cerca por nuestro Sánchez Alonso y, en nuestros días, por Esteve Barba)¹⁰ la conciencia de que los textos que tratan del Nuevo Mundo iban adquiriendo con el tiempo un diferente estilo formal: comienzan por desenvolverse en el contexto de cartas, e incluso de diálogos (Colón, Cortés, T. Moore, Mártir, Guevara, Valdés, Vespucci...). Este tipo de

⁷ Cf. el ensayo de Sandra Rebok, incluido en este volumen.

⁸ Cursivas mías. Hubo una escuela de filólogos, que buscaban explicar la diferencia de términos para los mismos objetos familiares (arados, utensilios de cocina, etc.) como una prueba de que el objeto era diferente. Se le llamaba la “escuela de las palabras-cosas”.

⁹ Celebramos en el curso 1984-85 en el CSIC, un Seminario sobre ‘historias naturales y morales’, coordinado por mí con ayuda de un equipo hispano-americano, aplicando el modelo a varios jesuitas posteriores (Cobo, Alzina, Gumilla, Gilij, Velasco, Clavigero, Molina, etc), junto con otros escritores españoles relacionados (Gómara, López Medel, Hernández, Cieza, Cavanilles). El equipo estaba compuesto, originariamente, por alumnos de doctorado que hacían su tesis o algún trabajo conmigo sobre algún cronista de Indias o filósofo ilustrado.

¹⁰ Edward FEUTER, *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires: Ed. Nov, 1953, 2 vols. (orig. 1911). Benito SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la Historiografía española*. Madrid, 1941, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Francisco ESTEVE BARBA, *Historiografía indiana*. Madrid: Gredos 1992 (orig. 1964).

escritos refiere noticias frescas, tomadas de la propia experiencia o de testigos inmediatos: rara vez –como en el caso de P. Mártir- usan el *cuestionario* sistemático, elaborado luego para los testigos.

Más tarde salen crecidas estas noticias americanas en textos propiamente *históricos*, que adoptan al principio la fórmula de ‘anales’ o ‘décadas’ (Mártir, Oviedo, Las Casas, etc.) y tal estilo ‘cronológico’ rígido se conservará en algunos historiadores de Indias posteriores, como Antonio de Herrera. Éste, siguiendo un poco el estilo formalista de sus antecesores en el cargo (Mártir, Oviedo...) acumula información inmensa, y debe hacer una primera *taxonomía* o distribución para ordenarla, la división temporal de la materia. Escritores inmediatamente posteriores a aquéllos (Gómara, Cieza, Zárate, Las Casas, etc.) re-ordenaron sus materiales de acuerdo a una nueva *lógica geográfica*: en Oviedo ese orden se superpone al cronológico, mezclándose insensiblemente.¹¹ Su división por libros trata escalonadamente las cosas de las Antillas (primer ámbito de descubrimiento), seguidas de las regiones atlánticas, y luego las del Pacífico (*apud* Magallanes, pero anteriormente “mar del sur”, *apud* Balboa); pero aún combina con este orden geográfico los sucesos históricos de cada zona, ordenándolos cronológicamente, de acuerdo al tiempo en que ocurren las noticias -y a veces, simplemente, de acuerdo a la sucesión acumulada de testimonios ajenos-. En manos de estos primeros cronistas oficiales (caso de Oviedo y, sobre todo, caso de Herrera) los relatos ingenuos y desorganizados de otros testigos más tempranos se entierran en una obra general -a veces anónimamente-. Pero no se trata de ‘plagios’ –como tantas veces los hemos tratado, con mente positivista- sino de nuevos ‘usos’ y refundiciones oficiales: recuérdese que muchas de estas noticias fueron a su vez primeramente reunidas por solicitud oficial, tanto de parte de la metrópolis como en las gobernaciones americanas.

Finalmente, con el tiempo algunos de estos autores presentan su obra al público, no como historia de la conquista o descubrimiento de cada región, sino más bien en forma de *tratados monográficos* de regiones o de continentes enteros, que admiten por ello un orden cualitativo de ‘área’, e incluso jerárquico. En manos de Las Casas, por ejemplo, su *Historia de las Indias* se desmembrará en

¹¹ Un análisis particular de su larga elaboración en la tesis doctoral de J. Carrillo, recogido abreviadamente en su ensayo de este mismo congreso.

una *Apologética historia sumaria* que pasa a ser obra autónoma y propia, y que trata articuladamente tanto de la excelencia natural y moral de las Antillas como de la Nueva España y del Perú -unidas inextricablemente, pues de trata de un ecologismo *ad hoc*, apologético-. En manos de Gómara se dan más bien los largos y rebuscados prólogos o epílogos que acompañan su descripción general de las Indias, del Perú o de la Nueva España (tratada ésta como la parte del león, preludio claro de las hazañas de Cortés). Zárate antepone unos mitos americanos de creación al conjunto histórico suyo, que luego desaparecen en ediciones sucesivas (y son rescatados por el curioso M. Bataillon).¹² Cieza, por órdenes superiores y en contacto con los dominicos (como han probado los trabajos de López-Ocón inspirados en Carlos S. Assadourian, y de Luis Millones-Figueroa), organiza una historia peruana de las guerras civiles, donde la geografía y las civilizaciones andinas preludian las explicaciones históricas de largo alcance, con un trasfondo de crítica moral de la conquista: no tan lejos en principio, como parece, de su contemporáneo Gómara.

Quienes inician propiamente el último modo de 'tratados' monográficos son hombres letrados (con formación más o menos humanística) como Enciso, Monardes, Hernández, López Medel y, sobre todo, el P. Acosta. Medel divide las cosas naturales americanas –al modo clásico- en cosas del aire, del agua o de la tierra (describiendo en cada una sus minerales, plantas y animales), y termina como culminación descriptiva ubicando la historia cultural de los indios americanos (no solamente los de Guatemala, los mejor conocidos para él) en el tercer elemento, la tierra. Eso significaba un paso más de sofisticación taxonómica (empleando criterios de Plinio y de Aristóteles, es decir incluyendo los diferentes 'reinos de la naturaleza' –minerales, plantas o animales– en cada uno de los elementos simples de la naturaleza (agua, aire, tierra y fuego). Acosta –que seguramente dispuso en algún momento del manuscrito de Medel (ya entonces en manos de López de Velasco, porque copia de su mano algunas de sus partes introductorias, la geográfica)- aprovecha la idea para introducir al indio americano como una parte de los 'compuestos' naturales (es decir minerales, plantas y animales), una vez que se ocupó antes de los elementos simples para tratar fenómenos geográficos (orografía, mares y ríos, vientos y volcanes). Naturalmente, está por hacer una etiología del *género histórico/natural*

¹² "Zárate ou Lozano? Pages retrouvés sur le religion péruvienne", *Caravelle*, (1963) 1: 11-28.

en manos de Acosta, pero los parecidos con Medel son asombrosos (me los hizo observar hace tiempo –en 1978– el mesoamericanista español Pedro Carrasco, aludiendo principalmente al orden jerárquico y evolutivo en que Acosta trata a los incas y mejicanos como escala superior de las sociedades americanas, previamente salvajes y bárbaras).

Cada uno de los datos de que dispone Acosta sobre las sociedades americanas sencillas (pesca, formas de pan, etc.) los intercala a medida que se trata del ‘uso’ de ese elemento natural, pero reserva a las sociedades americanas más desarrolladas los capítulos finales o ‘segunda parte’ (a la que llama “historia moral”, en sentido aristotélico, porque se trata de un animal moral, “de libre arbitrio”). Sólo tienen ‘moral’ los humanos, porque sólo ellos son libres de no hacer lo que le mandan sus instintos. A las sociedades superiores es a quien considera que se gobiernan con policía, con refinada civilización, y por ello mismo no solamente van al final, sino que son consideradas providencialmente idóneas para la llegada cristiana.¹³ Lo mismo que la civilización greco-romana precedió justamente –y ‘preparó’, al favorecerla- la llegada del mensaje evangélico a cada una de las naciones cristianas del Viejo Mundo, así ocurrió en el Nuevo Mundo. Esa *clave* evangélica está detrás del *orden racional* de su descripción natural; y por ello mismo no puede tomarse su historia como una obra laica, del todo, por más naturalista que sea su aspecto y su orden interno.

Se trata efectivamente de monografías *descriptivas*, generalmente producidas sobre el terreno, que contienen una referencia sistemática a las sociedades concretas de una región, pero que son estudiadas como parte final de un estudio *enciclopédico* de la misma (geografía, minerales, plantas y animales). A nosotros (los antropólogos, al menos, junto con un grupo inicial de historiadores de la ciencia dentro del C.S.I.C. que nos interesábamos en este género histórico-natural) nos servían particularmente este tipo de escritos que supuestamente inicia el P. Acosta, al contrario que al propio autor (o, mejor dicho, a la inversa, no por motivos religiosos sino en sí mismos): porque se trata de un tipo de ‘crónica etnográfica’ que inaugura una tradición monográfica que los antropólogos actuales reconocemos como *emparentada* con la nuestra. Nuestra correlación temática –los indios- con los sacerdotes (católicos o

¹³ José de ACOSTA, *op. cit.* [1] libro VII, cap. 28.

protestantes) siempre nos ha mantenido cerca de ellos, aunque en una vecindad conflictiva, dados nuestros encontrados intereses.

III

Es de notar, por otra parte, que se dio en el campo americano la acuñación y desarrollo mayor del modelo, antes de ser empleado en la propia Europa, o en las Indias orientales y en África. Éste es un tema a tratar más despacio, ligado a un programa cosmográfico ambicioso de parte del imperio hispano de los Austrias. Es muy probable que esta coincidencia con América (y particularmente con las tierras andinas) de las *historias naturales y morales* se deba tanto a las dificultades prácticas de gobierno sobre un nuevo territorio, desconocido y lejano, como a la proximidad temporal del descubrimiento americano con el Renacimiento, que puso en sus manos los instrumentos idóneos para realizarlo (letrados, imprenta, naves controladas por las nuevas técnicas, visión comparada del pasado y del presente...).

Pero la obra de Acosta no es la única en obedecer a un esquema binomial y, sobre todo, a proyectos de recogida oficial y sistemática de datos (Relaciones topográficas), que dieron lugar a una amplia producción regional monográfica. La obra histórica de Acosta no está desconectada de este proyecto 'topográfico', procedente tanto de la orden jesuita como de la corte española, que le aproxima internamente a muchos proyectos emprendidos con la Ilustración y del XIX en busca de información sistemática y enciclopédica.¹⁴ No es el momento de recorrer con detalle la conexión histórica precisa que hay entre el tratado de Acosta y las Relaciones Geográficas de 1577 promovidas oficialmente por la Corona española desde el Consejo de Indias,¹⁵ pero una simple constatación temporal las acerca íntimamente: la primera redacción de su Historia natural –los dos primeros libros– procede de 1582 (justo cuando concluye *De Natura Novi Orbis*, que ubica como texto complementario para prologar su tratado misional, de 1577) y es contemporánea justamente de la

¹⁴ El carácter enciclopédico de las 'instrucciones de viaje' de la *Société des Observateurs de l'Homme* a Nicholas Baudin (1800), o las "Notes and Queries" de la *British Association for the Advancement of Science* (1874, Edward B. Tylor), o las elaboradas por Lewis H. Morgan para la misma sociedad americana, participan también de este mismo carácter binomial y totalizante, que aún caracteriza a las monografías etnográficas.

¹⁵ Fermín DEL PINO, "Las historias naturales y morales de las Indias como género: orden y gestación literaria de la obra de Acosta". en J.A. MAZZOTTI (Coord.) *Perú Hoy. Primer Congreso Internacional de Peruanistas en el Extranjero*. David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University, 1999. También en *Historica*, Lima, 2000.

repetición del largo cuestionario impreso de 1577 por los Obispos de los virreinos de Perú y N. España,¹⁶ con los que justamente se hallará en íntimo y prolongado contacto durante el III concilio limense (1582-1583).

La otra influencia topográfica que se puede establecer claramente sobre la historia de Acosta es la de la propia Compañía, que pide a sus misioneros desplazados en tierras lejanas le informen puntualmente de esas tierras, de los hombres y del éxito de su misión: son las famosas "cartas anuas", de las cuales es conocido redactor en España Acosta, ya desde muy joven, en su período de estudio de bachillerato, y luego oficialmente desde el Perú como preposito provincial. Es decir, en ambos casos –secular o eclesiástico- el origen de estas informaciones histórico-científicas es la iniciativa *metropolitana*, no la local o individual.

Quizás tampoco haya tiempo ahora de desarrollar que los autores de estas dos iniciativas 'recolectoras' en ambos casos (los asesores reales Juan Páez de Castro y Juan de Ovando, o el secretario de cartas latinas de S. Ignacio Juan de Polanco) son reconocidos humanistas, y reformadores latinistas de los estudios universitarios.¹⁷ Pero esta matización breve es necesaria para complementar la lógica instrumentalista que aparecería como única o principal, si no, para explicar la iniciativa metropolitana. Como ya plantearon J. H. Rowe, D. Lach y J. H. Elliott a finales de los 60 -y otros jesuitas como F. Dainville en 1940- la capacidad de comprensión europea sobre las Indias -occidentales y orientales- se debió en gran parte a las reformas intelectuales y religiosas llevadas a cabo por los cristianos críticos del comienzo de la Edad moderna, que les llevaron a sustentar sus reformas religiosas en las Humanidades clásicas. Conocer para gobernar no es un axioma inevitable de la ciencia política, puesto que no todas las civilizaciones emplearon los mismos medios para ello (la china u otomana, por ejemplo).¹⁸

¹⁶ Francisco de SOLANO, (ed.) *Cuestionarios para la formación de las Relaciones geográficas de Indias. Siglos XVI-XIX*. Madrid, 1988 Consejo Superior de Investigaciones Científicas

¹⁷ Defensores del papel humanista de los jesuitas en sus respectivas sociedades fue el jesuita F. DAINVILLE, *Les jésuites et l'éducation de la société française. La Géographie des humanistes*. Paris (1940), Beauchesne. Recientemente también el profesor norteamericano Richard KAGAN, *Universidad y sociedad en la España moderna*. Madrid: Tecnos, 1991.

¹⁸ Interesantísimo el planteamiento comparado de estas cuestiones políticas en un trabajo de Wolfgang REINHARDT, que se pregunta por la explicación no prejuiciada del proyecto simultáneo de control político y lingüístico de la España imperial, frente a la llamada escuela 'post-colonial' francesa, de tanta y tan nefasta influencia en la historiografía literaria norteamericana: "Sprachbeherrschung und weltherrschaft. Sprache und Sprachwissenschaft in der europäischen Expansion". en Idem (Ed.) *Humanismus und Neue Welt. Acta Humaniora*, VCH, Bonn, pp. 1-36. (1992) El mismo tipo de visión comparada, pero referida al área de las Indias

Ahora bien, su evidente engendramiento en proyectos de información monográfica (tanto en el ámbito geográfico como temático), pensados desde las metrópolis para ser aplicados en forma generalizada, no inhibió al modelo descriptivo de producir consecuencias comparativas. Al contrario, disponer al mismo tiempo y en poco plazo de informes de muchas regiones y de varios niveles temáticos (minerales, plantas, hombres...) es la ocasión providencial de elaborar *esquemas interpretativos* sobre los orígenes y caracteres geográficos de los fenómenos bajo estudio; al mismo tiempo, es la ocasión de hacer reflexiones *funcionales* sobre las conexiones entre ellos (por ejemplo, que las tierras muy cálidas y desérticas engendran minas preciosas, pero que no engendran civilizaciones; o que América producía tubérculos para todo el mundo). De ahí que no sea anómalo que a estas monografías le acompañe una *filosofía* evolutiva y funcionalista, de pretensiones generalizantes. La filosofía de la 'cadena del ser'¹⁹ se desarrolló particularmente en ambientes metropolitanos, como causa y como efecto de estos ambiciosos proyectos monográficos.

Gran parte del enorme interés del texto de Acosta, lleno de observaciones interesantes y de concatenaciones novedosas entre fenómenos aparentemente inconexos, se deriva directamente del contexto comparativo de su historia. Queda por destacar, aunque ahora no podamos desarrollarlo, el tema del esquema evolucionista que usa Acosta para comparar entre sí las diferentes sociedades; esquema que no aplica respecto a los seres naturales, donde es más bien difusionista.²⁰ Esta filosofía evolutiva y de tono universalizante no está ausente de una gran parte de estas monografías, incluso de las más aparentemente inocentes y locales.

No están reñidos, pues, la curiosidad por los especímenes locales con el contexto global en que se engendran los cuestionarios: el espíritu que caracteriza

orientales, en Donald F. LACH *Asia in the making of Europe*. Chicago, University of Chicago Press, 10 tomos, (1965-76). Intenté aplicarlo a las gramáticas jesuitas, en "A propósito del clasicismo de Anchieta. La obra lingüística y etnográfica de los jesuitas en relación con el Renacimiento", en F. González Luis (Coord.) *Congreso Internacional IV Centenario de Anchieta (1597-1997)*, Tenerife, Universidad de La Laguna, en prensa. Una versión abreviada de ésta en la *Revista Andina* (Cuzco, Perú) 36 (2001): 65-81.

¹⁹ Estudiada clásicamente por Arthur O. LOVEJOY, *The great chain of being : a study of the history of an idea. The William James lectures delivered at Harvard University, by...* Cambridge, Mass. : Harvard University Press, 1933 (hay traducción española).

²⁰ Fermín del PINO, "Contribución del Padre Acosta a la constitución de la Etnología. Su evolucionismo". *Revista de Indias*, XXXVIII, 153-154: pp. 507-546. También en 1980, en Santiago Garma, *Actas del Primer Congreso de la Sociedad Española de historia de las Ciencias*. Publicaciones de la Diputación Provincial de Madrid, págs. 481-517.

estos tratados es incluso claramente *apologético*, insistiendo muchas veces en que la región considerada posee ejemplares únicos en un campo natural dado (minerales, plantas, animales...). Tampoco, por ello mismo, este origen metropolitano y comparado está reñido con la participación de intelectuales criollos en tales monografías. Muchos de los autores conocidos de textos de HNMI eran 'hijos de la tierra' (así, gran parte de los jesuitas barrocos e ilustrados, o los colaboradores americanos de expediciones científicas europeas), o eran viajeros europeos muy jóvenes, radicados luego largo tiempo como residentes (Oviedo, Cieza, Cobo, Durán, etc.), que adoptan en sus obras históricas un indudable estilo apologético, de naturaleza asimilable a lo criollo. Acosta es un claro precedente de la 'disputa del Nuevo Mundo', al llamar frecuentemente 'estúpidos' los reiterados prejuicios europocéntricos contra el Nuevo Mundo, tanto en el campo natural (clima, plantas, animales, productos) como en el cultural: sistemas de escritura, técnicas agrícolas o arquitectónicas, formas de gobierno y ritos, etc.²¹ Es conocida la autoridad de que gozó el texto de Acosta entre escritores criollos, sobre todo en Perú, y debemos destacar en primer lugar al inca Garcilaso que lo menciona a cada paso tanto en su historia de la conquista de la Florida como en sus *Comentarios Reales* de los incas: es evidente que en ello pesaba tanto la autoridad universal, de que pronto gozó el maestro jesuita, como la popularidad y buen nombre con que Perú salía descrito por Acosta.

Puede que otro elemento del indudable atractivo que este género y obra tuvo entre criollos –además del propio apologético– es su aparente sencillez y empirismo. Ya los propios cuestionarios oficiales procedentes de la metrópoli europea aconsejaban guardar sencillez en las respuestas obtenidas, y este carácter popular se conserva aparentemente en unos textos que sólo pretenden ser descriptivos, y a veces huir incluso de teorizaciones (caso claro de López de Velasco). Pero esta ausencia teórica no pasa de ser una apariencia, como hemos sugerido al señalar las frecuentes derivaciones comparatistas y funcionalistas que le caracterizan.

IV

²¹ F. del Pino, "Apología americana y conciencia nacional en las crónicas de Indias: la estela histórica del padre Acosta.", en Catherine POUPENEY HART (Coord.) *Discours colonial: la construction d'une différence américaine*. Colloque internationale 4-6 novembre, 1999, en prensa, Université de Montreal.

Las referencias bi-nomiales de estas apologías 'de la tierra' conllevan una reiterada *metáfora* entre un campo y otro –natural y moral– que se refiere a varios fenómenos de interés histórico-científico. Por un lado, afectan a la génesis diversa de la nomenclatura científica, dando lugar a una 'literatura' de denominaciones científicas (*género, especie, progenie, tipo...*), no despreciable por sus funciones divulgadoras y noveladoras, ocurridas desde entonces (Saint-Pierre, Rousseau, Diderot, Julio Verne, Baroja, Pardo Bazán, Huxley, etc.). Por otro, la frecuente metáfora naturalista lleva a recursos descriptivos y argumentativos variables a lo largo del tiempo (procedentes unas veces de la ciencia o de la filosofía, como en el caso de los 'paradigmas'; otras, de la literatura de viajes o del cinematógrafo, como en el caso de las exploraciones inter-planetarias...). Y quizás, por último, a un carisma mágico de la ciencia, creyendo en las soluciones científicas para todos los problemas de la vida cotidiana (casos de Darwin, Marx o de Freud, tan vulgarizados en ciertos círculos intelectuales). De todas maneras, el valor 'taumatúrgico' derivado del roce con los 'profesionales' científicos es un viejo fenómeno que se remonta a la antigüedad clásica, y tal vez a períodos prehistóricos, en que el médico y el sacerdote confundían sus respectivos papeles curativos y milagrosos (*shamanes, curanderos, sanadores...*),

Interesante problema es también –aunque *a sensu contrario*– el de las dotes literarias de un científico (Buffon, especialmente, pero también Humboldt), que se discutió por algún tiempo en el campo de la historia de la ciencia ilustrada, pero que todavía puede reconocerse en sabios más actuales que alardeaban de buenos escritores, entre nosotros (Echegaray, elevado a premio Nobel de literatura; Ramón y Cajal, escribiendo sus memorias y opiniones sobre asuntos educacionales; Rodríguez Carracido, Jiménez de la Espada, etc.).

Ahora bien, el problema de la conexión entre literatura y ciencia se puede plantear también desde el otro lado, contemplando el valor científico de los textos literarios. En un principio, el término 'literatura' estuvo cargado de connotaciones 'civilizacionales', y así aparece a lo largo de la obra del P. Acosta (cuando se plantea el problema de la *escritura* en las Indias orientales y occidentales como clave de su nivel civilizacional, mencionado como 'policía'), y luego de los jesuitas expulsos (Hervás, Masdeu, Andrés...) o del propio Jorge Juan y Ulloa, etc., para los cuales el término *literatura* significaba más bien erudición y saber que no 'buen estilo'. Luego, ya en pleno siglo XX, escritores

como Azorín, Unamuno, Pío Baroja o el propio Ortega tenían opiniones muy positivas -tal vez *pro domo sua*- de las virtudes 'regeneradoras' e iluminadoras de los dictámenes profesionales de los escritores. El papel del *intelectual*, creado entre nosotros por los hombres el 98, iba muy ligado a su 'oficio' de escritor y, sobre todo, de escritor en órganos de prensa periódica. Hace tiempo que en los trabajos de los politólogos y estudiosos del nacionalismo se concede la debida importancia a los escritos de novelistas y periodistas.²²

Además de ensamblar tradiciones literarias con la ciencia, el modelo de HNMI da lugar a proyectos iconográficos ligados específicamente a la ciencia. Me refiero a los Museos de historia natural, que conllevaban originariamente salas etnográficas (Madrid, París, etc.). Nada extraño es que el espíritu jerárquico y evolucionista presida el orden de salas (minerales, plantas, animales y hombres) y sus 'decoraciones', e incluso era esto frecuente desde las barrocas 'cámaras de curiosidades'. A su vez, el campo editorial y artístico conlleva multitud de proyectos en que se 'ensamblan' –como formando un todo con sentido- los productos naturales (galerías de cuadros de paisajes, con pretensiones de construcción nacional: bodegones, cuadros de mestizaje, exaltaciones románticas nacionales, pintura regionalista, etc.).

V

Por fin, debemos referirnos a las conexiones entre antigüedad y modernidad, entre cultura clásica y moderna. No obstante su aspecto intelectual de origen clásico greco-latino (Aristóteles, Plinio, Teofrasto, y sus respectivas *historia naturalis...*), en realidad tales tratados de HNMI son una creación moderna. Aunque posiblemente hayan estado previamente ligados ya a las preocupaciones intelectuales de la nueva escolástica española (ley natural, derecho natural, historia natural...) que, siguiendo la estela humanista de Alberto Magno y Santo Tomás, acudieron nuevamente a la tradición aristotélica para fundar las 'bases' naturales de una explicación teológica del mundo.

Como abanderados conocidos de la escolástica en el Nuevo Mundo, y en particular dentro del campo misional, estarían probablemente los jesuitas, que son quienes más títulos han aportado al campo genérico de la HNMI. Naturalmente, los jesuitas no son los únicos cultivadores de este género

²² Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, 1993, Fondo de Cultura Económica.

monográfico, aunque es verdad que predominan; lo cierto es que parecería tratarse de un género ligado al orbe *católico*. Tal vez, la pretensión de universalidad y globalidad de este género descriptivo se adecue mejor a las ambiciones universales del catolicismo. A efectos prácticos, eso significa que los territorios cartografiados por esta “red barredera” –por adoptar los términos metafóricos de Sahagún, en justificación de su minuta de cuestiones- son preferentemente los territorios misionales católicos, y en particular los jesuitas (Norte de México, Sur de los Andes, Brasil, Chaco, Patagonia).

Esta importancia ‘genealógica’ de la impronta religiosa en el modelo de HNMI no anula su divulgación en campos muy alejados, particularmente en el de los viajeros ilustrados, generalmente considerados como ateos, o al menos como agnósticos militantes: clara y explícita en el más notable de ellos, Alejandro de Humboldt, y en uno de sus últimos epígonos, el naturalista español Jiménez de la Espada, que combinaba su interés por los batracios con la consulta de escolios viejos. No obstante, sería bueno considerar en sus obras de ciencia los lejanos orígenes filosóficos -e incluso teológicos- de una visión del mundo moderna aparentemente desconectada. Si la teología escolástica fue capaz de enriquecerse y renovarse con los aportes clasicistas, no es impensable tampoco que la ciencia moderna tenga ancestros procedentes del campo religioso: véanse las múltiples conexiones religiosas del sistema y paradigma evolucionista –y su estrecha relación con la Biblia-, ya desde el propio Darwin.

Hacer historia de la ciencia como si nada tuvieran sus autores que ver con las convicciones religiosas de la sociedad sería ingenuo. No obstante, lo que cabe destacar hoy -en un sentido histórico/ científico- son las múltiples facetas ‘secularizantes’, *avant la lettre*, que asoman en este género de escritos. El empirismo que revelan los numerosos testimonios de testigos citados de primera mano, la huella de frecuentes rasgos autobiográficos –típicos también de la literatura de viajes, y en particular de la etnográfica-,²³ los no infrecuentes acompañamientos de dibujos, el ya citado carácter local de los informantes, etc. todo ello junto avala su indudable valor secularizante.

²³ *Apud* James CLIFFORD, *The predicament of culture: twentieth-century ethnography, literature, and art*. Cambridge, Mass., 1988, Harvard University Press (hay traducción española)